

BREVIARIOS DE LA
FUNDACIÓN
“ANTONIO PEREIRA”

TRES POETAS
UNA TARDE
A LAS OCHO

LUIS ALBERTO DE CUENCA

JAVIER LOSTALÉ

PEDRO TEDDE DE LORCA

Cuenca, Luis Alberto de (1950-)

Tres poetas una tarde a las ocho / Luis Alberto de Cuenca, Javier Lostalé, Pedro Tedde de Lorca. – [León : Universidad de León : Fundación Antonio Pereira, 2016]

80 p. ; 16 cm. – (Breviarios de la “Fundación Antonio Pereira” ; 11)

ISBN 978-84-9773-860-64

I. Universidad de León. II. Fundación Antonio Pereira. III. Título. IV. Lostalé, Javier (1942-). V. Tedde de Lorca, Pedro

821.134.2-14”19”

ISBN: 978-84-9773-860-6

Depósito Legal: LE-489-2016

Imprenta Kadmos

Salamanca 2016

ÍNDICE

Luis Alberto de Cuenca	11
Javier Lostalé	39
Pedro Tedde de Lorca.....	61

El día 27 de mayo de 2014, la Fundación “Antonio Pereira” celebró una mesa redonda, en el salón de la Obra Cultural de Caja España-Duero, con el título “Tres poetas una tarde a las ocho”. En ella intervinieron, con comentarios y lectura de poemas propios, los poetas Luis Alberto de Cuenca, Javier Lostalé y Pedro Tedde de Lorca. Este breviario recoge aquellas intervenciones.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

NOTA DEL AUTOR

La Fundación Antonio Pereira tiene la bondad de dedicar uno de sus Breviarios a mi poesía. Se ha encargado de la selección José Enrique Martínez, catedrático de la Universidad de León, miembro del Patronato de la Fundación y gran conocedor de la poesía española actual. La figura de Antonio Pereira me ha sido siempre especialmente querida y cercana. Su obra narrativa y poética se instalaron hace ya mucho tiempo, y por derecho propio, en la logia mayor de las letras hispánicas contemporáneas. Sus cuentos no tienen parangón en la narrativa breve del siglo XX. Tuve la suerte de conocerlo y de tratarlo con cierta asiduidad, pudiendo constatar que la persona superaba incluso al escritor, pues Toñín —como todos

lo llamábamos— era afable, generoso, divertido, genial. Fue todo un honor y un verdadero placer para mí disfrutar de su compañía, de su talento creativo y de su ingenio chispeante mientras vivió, y sigue siendo un honor y un placer seguir acompañándolo desde un Breviario de su Fundación, ahora que ya no está, por desgracia, entre nosotros.

Su viuda, la encantadora Úrsula Rodríguez Hesles, ha emprendido con devoción y entusiasmo la tarea de difundir la obra de Pereira *post mortem*, y la Fundación que lleva el nombre del escritor es un instrumento inmejorable para implementar su labor. He sido convocado en más de una ocasión a actividades culturales organizadas por la Fundación Pereira, y he podido comprobar el grado de dinamismo que alcanzan sus programas, centrados en los géneros literarios que abordó Toñín y en el diálogo de su obra con la de sus contemporáneos. Un diálogo nutricional y caudaloso que resulta, desde la mirada de hoy, especialmente fecundo,

pues nada de lo que ocurriera en el escenario de las letras españolas le fue ajeno al maestro, atento siempre a la escritura de las generaciones posteriores a la suya, con las que mantenía una relación fluida y constante. Gracias sean dadas, pues, a la Fundación Antonio Pereira, personificada en Úrsula y José Enrique, por este precioso Breviario. Y un abrazo muy fuerte de admiración y afecto para Toñín, allí donde esté.

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Madrid, 7 de octubre de 2016

CONVERSACIÓN

Cada vez que te hablo, otras palabras
escapan de mi boca, otras palabras.
No son mías, proceden de otro sitio.
Me muerden en la lengua. Me hacen daño.
Tienen, como las lanzas de los héroes,
doble filo, y los labios se me rompen
a su contacto. Y cada vez que surgen
de dentro —o de muy lejos, o de nunca—,
me fluye de la boca un hilo tibio
de sangre que resbala por mi cuerpo.
Cada vez que te hablo, otras palabras
hablan por mí, como si ya no hubiese
nada mío en el mundo, nada mío
en el agotamiento interminable
de amarte y de sentirme desamado.

(La caja de plata, 1985)

SONETO DEL AMOR DE OSCURO

La otra noche, después de la movida,
en la mesa de siempre me encontraste
y, sin mediar palabra, me quitaste
no sé si la cartera o si la vida.

Recuerdo la emoción de tu venida
y, luego, nada más. ¡Dulce contraste,
recordar el amor que me dejaste
y olvidar el tamaño de la herida!

Muerto o vivo, si quieres más dinero,
date una vuelta por la lencería
y salpica tu piel de seda oscura.

Que voy a regalarte el mundo entero
si me asaltas de negro, vida mía,
y me invaden tu noche y tu locura.

(El otro sueño, 1987)

CASTRILLO DE LOS POLVAZARES

Aquella calle no se terminaba.
Tus tacones finísimos se hundían
entre las piedras de aquel suelo rojo.
Decidiste quitarte los zapatos
y seguir adelante como fuese,
sin mirar hacia atrás, con la arrogancia
del marginado o del incomprendido.
Te hice una seña desde el coche: «Sube.
Te vas a destrozar los pies si sigues.
Vámonos. Este pueblo está embrujado».

(El otro sueño, 1987)

EPIGRAMA

Me gustó imaginar, como a todos los hombres,
que la chica que amaba se acostaba con otros,
que se lo hacía incluso con gente de su sexo
para darle más morbo y más psicopatía.
Me divirtió sufrir con esos disparates,
pensar que aquellas curvas que tanto me excitaban
habían sido de tirios y serían de troyanos.
Pero traspasé el límite. Lo tomé tan en serio
que tuve que vengar mi honor nunca ofendido
en el plano real, que es el que menos cuenta.
Sí. La maté en el mismo lecho en que imaginaba
que me había engañado tan deliciosamente,
y luego me maté, por si cupieran dudas
de mi amor, silenciando críticas venideras.

Caminante que pasas al lado de esta tumba,
que estas palabras guíen tus pasos en la vida.
Por más que te divierta imaginarla en brazos
de alguien que no seas tú, no pierdas el sentido.

Mátala solo a ella, trocea su cadáver
y búscate otra chica para seguir soñando.

(El hacha y la rosa, 1993)

DE VEZ EN CUANDO

Hace ya demasiados años desde tu muerte,
pero de vez en cuando vuelves. Cierro los ojos
y regresan los días en que viajamos juntos
a bordo del navío del amor, en el tiempo
en que éramos tú y yo los habitantes únicos
del mundo, y en la playa se rompían las olas
con un dulce gemido de placer, y el mar era
un lago inmenso y tibio que nos pertenecía.

(El hacha y la rosa, 1993)

COLLIGE, VIRGO, ROSAS

Niña, arranca las rosas, no esperes a mañana.
Córtalas a destajo, desaforadamente,
sin pararte a pensar si son malas o buenas.
Que no quede ni una. Púlete los rosales
que encuentres a tu paso, y deja las espinas
para tus compañeras de colegio. Disfruta
de la luz y del oro mientras puedas y rinde
tu belleza a ese dios rechoncho y melancólico
que va por los jardines instilando veneno.
Goza labios y lengua, machácate de gusto
con quien se deje y no permitas que el otoño
te pille con la piel reseca y sin un hombre
(por lo menos) comiéndote las hechuras del alma.
Y que la negra muerte te quite lo bailado.

(Por fuertes y fronteras, 1996)

EL CABALLERO, LA MUERTE Y EL DIABLO

(Alberto Durero)

Aquí está el caballero de la cruz y la rosa,
señor de la esperanza, príncipe de la fe,
rey sin cetro, monarca sin corona, caudillo
que conduce a sus hombres al triunfo en la batalla,
portador del emblema sagrado de la estirpe
en el palor de brumas y en la brasa del sol.

Aquí también los laberintos silenciosos,
la sed de los guerreros moribundos, el cuervo
que grazna en el abismo, la corneja siniestra,
el áspid del orgullo en el árbol confuso
de la sabiduría, la muerte y el diablo
flanqueando la cuna de los recién nacidos.

Allí dentro la imagen de tu madre en el alma,
la paloma al acecho del halcón, el veneno
de aquel primer abrazo cuando el mundo era joven,

las doncellas germánicas que hilaron en tu alcoba,
la mujer que te quiso y aquella a quien quisiste,
el dolor del amor que mueve las estrellas.

(*Por fuertes y fronteras*, 1996)

LA FLOR AZUL

Dónde la flor azul. En qué ladera
de la montaña crece o en qué calle
de la ciudad asoma su corola,
hecha de mar y cielo despejado
y pétalos de eterna juventud.
Dónde la flor azul que habla el idioma
primeval del amor y del coraje
y que cura la alergia de estar vivo.
«Al país de la rama de oro, donde el pájaro
azul se posa, más allá de fuertes
y fronteras, habrás de ir a buscarla»,
dijo mi madre antes de morir.

(Por fuertes y fronteras, 1996)

EL CASTILLO IMPOSIBLE

a Jesús Egido

Hundidos en la ciénaga del mundo,
rotos de soledad y desengaño,
vendidos por el odio de los vivos
y por la incompreensión de los difuntos,
seguimos avanzando.

A golpe de dolor, Gólgota arriba,
con la cruz de la angustia a las espaldas
y el pecho devorado por el buitre
de una lenta y cruel melancolía,
seguimos avanzando.

A lo lejos se yergue la silueta
del castillo imposible, tachonado de estrellas.
Hacia él nos dirigimos.

No sé cuándo ni cómo llegaremos
a sus torres tejidas con las hebras del sueño.
Solo sé que seguimos avanzando.

(Sin miedo ni esperanza, 2002)

DIFÍCIL TRAVESÍA

A bordo del navío de tu cuerpo,
con la bodega llena de ilusiones,
y de fe y de esperanza, me dirijo
al país del amor, ¡célebre tierra!
La travesía es lenta, minuciosa
como una operación a vida o muerte,
y si falla el timón o si la brújula
se estropea, o chocamos con un *iceberg*,
no habrá supervivientes del naufragio.
Cuándo terminará la singladura
ni el navío lo sabe ni el piloto,
de modo que la estela que trazamos
en el agua podría dispararse
al infinito, o empequeñecerse
y desaparecer en un segundo.
Porque solo sabemos una cosa,
y es que llegar a ese país remoto
donde dicen que el dios Amor gobierna
no parece objetivo tan sencillo.

Ni aun para nosotros, vida mía,
que tanto presumimos de querernos.

(La vida en llamas, 2006)

EL CUERVO

Una noche de un frío diciembre, me encontraba solo en mi biblioteca, pensativo, tan solo que ni los viejos libros ni los mil cachivaches que abruman los estantes me hacían compañía, tan solo como un náufrago después de la tormenta, como un tucán en medio del desierto de Gobi, como un tigre en el Congo, como un ornitorrinco en Siberia. Muy solo, muy cansado, hecho polvo, sin ganas de vivir, paseando la mirada sobre un libro de Dover con *The Raven* de Poe.

Un libro que incluía las estremecedoras, formidables, siniestras, locas ilustraciones de Gustavo Doré, y que justificaba por eso su existencia, porque era una edición vulgar, sin interés, de esas que sobreabundan en los expositores de los Vips. (Recordé haber leído también la traducción francesa, hecha por Mallarmé, del poema de Poe,

y fui en su busca. Nada. Ni rastro de ese libro:
lo había extraviado para siempre jamás).

Tuve que conformarme con la edición de Dover
y sus extraordinarias estampas de Doré.

Fui pasando las páginas como si aquello fuese
un incunable, absorto en las estrofas mágicas
de aquel a quien Ramón llamó «genio de América»
en una biografía exquisita y absurda
que publicó en Losada hace un montón de años
y que tuve y no tengo manera de encontrar.
(No sé qué harán ustedes cuando pierden un libro:
yo me sumo en un pozo de oscuridad atroz).

Basta de digresiones. Les contaba que un día
—una noche, más bien— de un gélido diciembre,
me encontraba sentado en un sillón de orejas,
rodeado de libros, solísimo en el mundo,
hojeando *The Raven*, el poema de Poe,
en una edición ruin a la que rescataba
del desastre Doré. Pues bien, seguí leyendo

en voz alta y despacio, saboreando las sílabas,
la inigualable música con que engarza el poeta
las perlas de su duelo y de su malestar.

En las noches de insomnio las sombras tienen alas,
como el cuervo de Poe. Vienen desde muy lejos
a anunciarnos que nunca volveremos a ver
a nuestra amada muerta, por mucho que busquemos
en las fotografías de entonces, en las calles
de Madrid, despojadas de sus ovulaciones
y sus cambios de humor, de su tibia dulzura
(cuando la desplegaba), de sus ojos (¡sus ojos!),
de sus delicadísimas orejas de soplillo,
de su tierno, silvestre, nutricio corazón.

En las noches insomnes de diciembre —el catorce
murió— las sombras tienen alas negras de cuervo
que invitan a viajar por el espacio libre,
por ese cielo azul que no es azul ni es cielo
(que diría Argensola), y surcar las etéreas
salas rumbo a la playa donde tanto lloramos

una tarde de agosto, sintiéndonos vencidos
por el amor y por sus trágicas ficciones,
indefensos, inermes ante las crueldades
del deseo, juguetes en manos del azar.

Pero no solo hubo llanto y desvalimiento.
Recuerdo aquella torre frente al mar como un
símbolo
de la complicidad. Desnudos como ángeles
triunfantes, en los muros del desván escribíamos
frases como «El invierno de nuestra desventura
se ha transformado en un maravilloso estío»,
«La ciudad es mi selva», «Yo voy mucho más rápido
que tú, mucho más lejos», «Ama y haz lo que
quieras»,
«Todos esos momentos acabarán perdiéndose
como lágrimas en la lluvia», «¿Quién soy yo?».

Con qué las escribimos no lo sé. ¿Fue con sangre?
La verdad es que ambos teníamos de sobra
para dar y tomar. Luego tú acabarías
vaciándote de todo. «Estaba tan oscuro

que me bañé en tu luz». «En mi cuarto he colgado los retratos de otras porque no tengo el tuyo». Y las cartas, las cartas, obsesivas y tórridas, avivando la hoguera de la pasión, quemando los bosques a su paso e incendiando las mieses. Aquellas cartas-bomba que no sé dónde están.

Montaigne hizo pintar en las vigas del techo de su castillo, cerca de Burdeos, las frases que le habían gustado más. Tú me lo contaste en una carta ardiente, suspicaz, quebradiza, donde, además de sexo, me dabas argumentos para justificar las paredes pintadas del desván, en la torre de nuestras entelequias, cuando éramos felices y aún no habías cruzado el espejo maldito, dejándome sin brújula, sin *Lebensraum*, sin norte, sin aire, sin amor.

En las noches de insomnio me invade tu perfume como una vaharada fantasmal, y lo aspiro como si fuera polvo de silencio y de ruina

y, a la vez, como un tiro de insondable placer
que, como el *Ewigweiblich* de Goethe, me conduce
al cielo, donde tú vives eternamente
y donde viven tipos como Borges y Tolkien,
y Shakespeare y Alex Raymond, y Hawks y Milton
Caniff,
y Stevenson y Ariosto, y Potocki y Cazotte,
y chicas como Mae West y Hedy Lamarr.

Ha llegado la hora en esta noche helada
en que solo me tiende la mano el viejo Poe,
de salir de este pozo de soledad. Al cabo,
como dijo Izaak Walton, «buena ha sido la juerga
que no obliga a mirarse con vergüenza unos a otros
la mañana siguiente». Y así fue nuestro baile,
al ritmo del tam-tam de los pigmeos *bandar*
de la Selva Profunda. Una danza de muerte
y destrucción y, al tiempo, un sutil bamboleo
al compás protector de la imaginación.

En la primera línea de Doré se distingue a un hombre devorado por unos cortinajes que intenta descorrer y que operan a modo de telón de teatro, con un cartel arriba, a la izquierda, que pone *Nevermore*, y en la parte derecha, un esqueleto y un cuervo con las alas desplegadas. En tales disecciones me hallaba cuando el cuervo saltó del papel a mis brazos, en busca de emociones nuevas, pues se aburría mortalmente en el libro. Y graznó: *Nunca más*.

(*El reino blanco*, 2010)

CAVERNA PERPETUA

Como todos los hombres, vine al mundo
a recordar, porque el conocimiento
es tan solo memoria, remembranza,
reminiscencia de otra realidad
mejor, más prestigiosa y más estable,
de la que un día fuimos desterrados.
La vida es perseguir inútilmente
la fuente primordial, donde confluyen
todos los hilos de agua del recuerdo,
rozar casi sus gárgolas y hundirse
en el suplicio de una sed eterna.
Tú, madre mía, soledad, aún puedes
salvarme de este olvido que amenaza
con sembrar de silencio las llanuras
sonoras de mi alma. Novia mía,
hermana soledad, dime qué hubo,
o si hubo algo, digno de memoria
fuera de la caverna en la que vivo.

(Cuaderno de vacaciones, 2014)

MEMORIA DE TUS OJOS AL DESPERTAR

Quítame la guirnalda de tu risa
de encima de la tumba, róbame
el póstumo recuerdo de tus besos,
entregame a la noche del olvido
total, que es finalmente lo que toca
en esta coyuntura de la muerte,
pero hay algo que nunca lograréis
ni tú ni la tiniebla que me cubre,
y es que me muera sin hacer memoria,
aunque sea un segundo, de la cara
que me ponías al abrir los ojos
cada mañana, de esa cara llena
de vida, de esos ojos iniciándose
en la fiesta del mundo, en la alegría
de existir, y que ahora, al otro lado
del espejo, de alguna forma mágica,
guían mis pasos en la oscuridad.

(Cuaderno de vacaciones, 2014)

CLARIDAD

Los poetas más oscuros —Licofrón,
Góngora, Mallarmé— son transparentes
en el fondo, aunque cueste mucho más entenderlos
del todo que a Catulo, a Petrarca, a Verlaine.
Si amas la poesía, amas la claridad.
El objeto de la literatura
no es inventar enigmas para iniciados cursis.
Su meta es reflejar los anhelos, angustias
y emociones reales de la especie
en un espejo imaginario.
Y hacerlo de la forma más nítida posible.

(Cuaderno de vacaciones, 2014)

JAVIER LOSTALÉ

CONFESIÓN

Escribo porque me salva, porque es lo único que me queda, porque fija un sonido, unas luces, el final de un acto de amor, el escenario de unas horas de deseo. Escribo porque están conmigo los que ya nunca estarán, porque bajo al mar desde la mesa donde apoyo la cuartilla y me quedo quieto en la memoria de un cuerpo, y prolongo unas voces hasta perder la noción del tiempo (días y años juntos, apretados en un instante que me deja sin defensa). Escribo porque al abrir el seno de una palabra encuentro la iluminación última del beso, porque pronuncio a solas mi única verdad: esa que después desmiento con mi vida. Escribo porque hay un llanto íntimo que me purifica desde que comienzo a hacer signos en el papel, porque poseo las cosas desde su respiración humana y puedo

habitar aquello de lo que fui desterrado. Escribo para ser joven y alimentar una esperanza radical, para tener lo que no tengo y escuchar lo que nunca me dijeron. Escribo porque nunca fue más bello el engaño.

EL ESPÍRITU DE LA LUNA

El espíritu de la luna no vaga por el espacio sideral sordo y ciego al crepitar humano, sino que invierte el sentido del tiempo, altera el ritmo de los seres con sus tormentas invisibles, prende la bóveda de los sueños. El espíritu de la luna habita entre nosotros hasta el punto de crearnos mareas íntimas, de abrirnos los ojos a un estuario de imágenes aún no holladas. Todos tenemos un lado mágico bañado por la luna. Cuando pasa un tren y su sombra retumba infancia, es luna. Cuando pesan las horas y todo parece ser lo mismo, y de pronto unas voces, o una luz transparente, nos inundan por dentro, y no sabemos por qué, es luna. Cuando en una conversación escuchamos unas palabras y sentimos entonces enormes ganas de viajar, o de llamar a alguien, es luna. Cuando subimos a la terraza y miramos los tejados como si fuera el mar, es luna. Cuando lo que nunca dijimos empieza una tarde cualquiera a arder y nos

transfiguramos escuchando lo que tampoco nadie nos respondió, es luna. Si sentimos cómo las altas torres del orgullo caen y nos despojamos hasta la claridad del perdón, es luna. Si nuestro corazón sufre taquicardia de un nombre y se abandona a su dulce enfermedad, es que ha subido la temperatura de la luna. Si desde la puerta miramos la cama en la que murió nuestra madre y la vida es un remordimiento que nos purifica, hay luna en la habitación. Si el triunfo de los demás nos alza como un abrazo, y así, alegres, casi suspendidos, lo celebramos, es que la luna ha quemado los labios mudos de la envidia. Las lágrimas sin gafas para ocultarse, el llanto espontáneo como el que ante un amigo se desnuda, la cabeza en un hombro abandonada, todo, todo es culpa de la luna. Y cuando no hay nadie y nos volvemos locos de tanto ver en las sombras, es que la luna ha descendido de su reino y se ha hecho carne. Entre el nacimiento y la muerte, la luna arrasa los engañosos espejos y nos devuelve nuestra imagen verdadera.

Somos tiempo en lunación. Astros de luz y sombra, como la luna. Un fuego inextinguible que no cesa, que como la luna navega un cielo siempre inalcanzable para los ojos humanos.

(*De “La Estación Azul”*)

DESTINO

Estoy triste
para desde la purificación de una empañada nube
baja

decirte que te amo.

Y volver en lenta despedida de los seres y las cosas
al principio indivisible de tu nombre
convertida mi vida en crisálida de lo que te llevas
mientras te alejas.

Estoy en sombra tuya,
con esa sabiduría con la que el alma tiembla en la
mirada

cuando los ojos están radiantemente nublados
en un pequeño bosque de lágrimas.

Estoy quieto, retrasado en la luz de tu memoria
para decirte que te amo.

Soy la memoria sin ti
de todo en lo que me fuiste creando,
el lugar herido de tus pasos;
por eso crece en mi sangre la rosa silenciosa de no
buscarte

al mismo tiempo de decirte que te amo.

Estoy al lado de lo invisible
que respira desde un corazón en llamas
mientras un doble silencio blanco
de tu imagen dolorosamente me separa.
Sin territorio a ti me abrazo
para decirte que te amo.
Estoy, pasados los años,
en el mismo día de tu anuncio,
cuando quemaste mi pecho
con tu hora transparente.
Por eso sin tiempo te recibo
en mi propio aire asfixiado,
y en soledad te resucito
para decirte que te amo.
El horizonte de este poema
es ya, amor, tu misma lumbre sostenida,
el resplandor de tu ceniza.
Y el escribirlo ha sido, amor, sellar contigo mi
único destino.

(*De “Tormenta transparente”*)

HASTA VOSOTROS...

Hasta vosotros hoy llego
tan indigno que no merezco
ni el sonido de mi nombre.
Ya mi vida es una sorda y ciega transparencia
donde se deshabita hasta el mismo olvido.
A vosotros hoy os convoco
para todavía suplicaros
una última mirada piadosa,
consciente de que víctima de mi propia soledad
sustituí el temblor por la mentira de un sueño,
frío esqueleto de niebla de unas cuantas monedas.
En el largo camino sin nadie de mi vida
vuestras sombras me acusan
con el puñal de plata de su mirada fija,
y por su filo resbalo hacia el rostro desierto
de lo que nunca alumbré.
Allí me detengo para besar la nada,
y abrazado a su corazón de ceniza
un instante amanecer,
antes de la oscuridad definitiva,
iluminado por vuestro perdón.
(De "El pulso de las nubes")

SOLITARIO

Tiene el solitario toda la luz dentro,
por eso se convoca a noche perpetua
sin dejar nunca de amanecer.
Núbil vive en el astro quieto de su sueño,
hundido su corazón en latitud sin orillas.
Exiliado fiel a su propio destino
mide lo infinito mediante latidos,
y redime tanta ausencia
con un adviento de sombras en calma.
Abre surcos el pensamiento del solitario
hasta tocar el embrión de lo iluminado,
y cada uno de sus deseos
se consuma en la vigilia con pulso
de un hondo ser sin nadie.
Desclavado de cualquier respiración
sabe llenar su pecho de mareas silenciosas,
y su meta está siempre en la partida.
Sin firmamento se desnuda el solitario
mientras es amado por lo que no existe.
Su destino es renacer
en la sorda transparencia del olvido.

(*De* “El pulso de las nubes”)

DESNUDO

Tu desnudo tiene la quietud
de una rosa antes del amanecer.
Abandonado en el límite
de la ausencia más pura
emite una luz
en la que entera leo mi vida
sin alterar el secreto de la tuya,
pues quien así se entrega
es sólo ascensión sin tacto,
eternidad de lengua absuelta.
Nadie habite entonces la flotación dormida del amante
hasta que su corazón desborde
y se produzca el bautismo del mundo.
No hay conquista en tu desnudo,
sino postrimería en revelación,
pues principio y fin en él se anudan.
Si me inclino sobre su oscilante cristal de llama
escucho un fulgor de palabras primeras
que me reúne con todo lo amado hasta llegar a ti,

y callo cuanto supe
para reiniciar contigo el tiempo.
Es tu desnudo destino
donde se fecundan aurora y atardecer,
y lo que el pensamiento toca
germina consumación.
No hay en ti desnudo
sino tiempo y espacio en suspensión,
honda sombra con pulso
en la que no dejo de nacer.

(*De “El pulso de las nubes”*)

HUMILDAD

Qué bello amanecer sin disputa
el de quien nombra el mundo
velado en su propia sabiduría
para así toda música escuchar
con su oído siempre nuevo,
pues posee la inocencia
del total encendimiento.
Como alba acude siempre
a levantar lo desposeído
hasta que crezca un sueño
que en alguien se multiplique.
Callado se apaga a la puerta de su jardín
para que brille intacta la rosa de todos,
y canta luego la dicha plena
de ser en lo que no le pertenece.
En sombra despierta cuanto ama,
y cuanto recibe lo convierte en pulso.
Claridad se le torna siempre
la lenta compañía de unos pasos.
Qué bello amanecer de sumas
para arder en un corazón solo.

(De "El pulso de las nubes")

NUBES

No tienen memoria las nubes,
su tránsito de espejo en vuelo
se consume en libertad de luz cambiante.
Apenas necesitamos levantar los ojos
para sentir el leve peso de sus formas,
tan ignorantes de nuestro desvelo
como de la soledad pequeña de unos pasos.
Ángeles insomnes de claridades y tormentas
queman las nubes el pecho adolescente
con su sofoco tibio de pajar.
Y si un viento de sombras las cruza
tiemblan navíos fantasma en cada ventanal
mientras al fondo manos maternas
se posan en un silencio azul.
Oro de sueños siempre en vilo
depositan las nubes en el corazón más solitario,
y el nadador cruza el río
en su propia constelación cegado.
A su paso las torres resumen
la tensión íntima del paisaje,
y entre valles el aire más alto

irradia su secreto.

En su luciente desvanecimiento

las nubes nos ignoran,

pero hay en ellas un fugitivo soplo carnal

que nos anuda sin tiempo ni destino

a la universal pulsación de lo aún no concebido.

(*De “El pulso de las nubes”*)

RESPIRAR

Respirar es lo junto,
lo que sin término
en lo fijo se desnuda,
la cresta inviolada de la pasión
que turba la sangre
con sus mínimas flores de niebla.
Respirar es numen siempre encendido,
lenta memoria en sueño despierta,
tiempo de cielo inclinado
sobre el vaho de una llama oculta.
Miradas hay que respiran
desde el fondo de su soledad sin orillas,
mientras otras nos reciben
en la brisa, dulce compás,
de su eterna amanecida.
Respirar es un viaje quieto
en el que tiembla en ondas
el pecho de los días.
Los amantes se asfixian

en doble respiración consumados,
y en sucesivos anillos de lágrimas
el abandonado se borra en su aire.
Respira el viejo en su grieta
su tempestad de sombras.
Todos dentro de un engaño respiran
ajenos al vuelo sin nadie
del suspiro final.

(*De “El pulso de las nubes”*)

LLAVE DE NIEBLA

En la vida todo lo abriste
con una llave de niebla,
por eso leerla hoy no puedes
borrado en su latido de humo.
Presa de tus propias palabras
viviste sellado al engaño de un sueño,
y de todo lo amado
sólo el pulso de una sombra quedó.
Nunca de una mirada
creaste biografía,
pues no hubo en ella
temblor de cobijo
sino ojo seco
de tanta ausencia.
Nunca estuviste
dentro de lo nombrado
hasta hacerlo
en tu lengua florecer,
por eso tus labios brillan

con el fuego pálido
de lo no nacido.
De un cuerpo abrazado
sólo supiste
su vértigo anónimo,
y de cada beso
su amanecer de olvido.
El mismo día fue tu vida,
el mismo horizonte sin nadie,
mientras un corazón abrasado
abre aún lo que no existe
y escucha su última respiración de ceniza.

(De “El pulso de las nubes”)

REGRESAS

La luz que envuelve hoy tu casa
mientras a ella regresas,
es la misma que un día te borró
en la dicha pasajera de saberte amado.
Tanto es así que no eres tú
el que ahora en soledad camina,
sino aquél que nunca acabó de llegar
extraviado en el único paisaje
de la memoria encendida de otro ser.
Por eso un momento te detienes
para, separado del mundo,
escuchar de nuevo la voz
de quien ya no existe,
pero que ahora te otorga
el don inmortal
de volver a nacer dentro de su olvido.

(Inédito)

PEDRO TEDDE DE LORCA

HABLAR DE POESÍA CON ANTONIO PEREIRA

Una de las cosas que más echo de menos son las charlas con Antonio sobre la poesía. No sólo sobre la poesía de Antonio Pereira, sino sobre la fuerza, el origen, los límites de la poesía. He conocido bastantes poetas en mi vida y, como es natural, con ellos he hablado de estas cosas, pero es a Antonio a quien he oído decir las más convincentes y reveladoras. Y creo que a su dominio del lenguaje poético debe precisamente Antonio Pereira el logro de su extraordinaria capacidad narrativa, sobre todo en los relatos, por los que es con toda justicia admirado.

Debo decir que mi imagen primera de Antonio Pereira es como poeta, recién impreso su libro *Dibujo de figura*, en 1972 por la editorial El Bardo. Ya era autor experimentado: tenía otros tres títulos de poesía publicados en la década anterior: *El regreso*, *Del monte y los caminos*, y *Cancionero de*

Sagres, además de un volumen de cuentos y de una novela a la cual pronto seguirían otras dos. Al poco tiempo, lo conocí en persona. Cuando hablaba en público y, sobre todo, cuando leía alguno de sus relatos, lo hacía despacio, con voz magnífica, dejando caer las palabras con un acento leonés que a los oyentes andaluces nos maravillaba y que mí me recordaba el temple de un buen violín o la calidez de un añoso vino del Noroeste. Otras veces, en charlas privadas, nos regalaba historias, como un viajero que acostumbrara a evocar acontecimientos y personajes con notas imaginativas, incluso fabulosas, en las que eran frecuentes el afecto y la ironía.

Aquel Antonio Pereira podía dar la impresión de estar más volcado hacia la narrativa. Pero hubiera sido una intuición superficial. Conversaciones posteriores, que una relación familiar facilitó, me confirmaron plenamente la vinculación continua y profunda de Antonio Pereira con la poesía. Y cuando nuestra amistad me permitió darle

a leer algunos poemas de los que formarían mi libro *Primera Playa*, o conocer por él mismo algunas de sus experiencias de escritor, comprobé la importancia que Antonio daba al lenguaje poético, y cómo ello trascendía al resto de su literatura. En poesía, Antonio Pereira era absolutamente exigente: sólo se puede comunicar la poesía que es necesaria. Dicho esto, si es que el poeta llega a decirlo, todo lo demás sobra, cualquier intento de explicación o adorno adicional, cualquier circunloquio más allá de la revelación esencial. Y lo que sobra, hay que eliminarlo. Esta era para él norma poética esencial, y para mí recomendación que guardo como enseñanza preciosa. En uno de sus libros de poesía —concretamente *Una tarde a las ocho*, de 1995— llegaría a enunciarla por escrito: “No vayas a jurar el verso en vano”.

Tras recordar aquellas palabras, no resulta tarea fácil dar a conocer algunos de mis poemas, que tal vez no guarden la fidelidad debida a sus advertencias. Me atrevo a hacerlo en homenaje a

la Fundación que lleva el nombre de Antonio Pereira, con el principal empeño difundir su obra. Y, sobre todo, como prueba de cariño y admiración hacia Úrsula Rodríguez Hesles, nuestra Talula, cuyo quehacer tan importante es para el buen término de esta empresa, y hacia una tierra, León, que de modo ejemplar sabe cuidar la memoria de sus poetas y escritores.

ALHAURÍN

A Juan Luis Peralta

Porque este firmamento de deseos
nunca se ha detenido.

El aire no cesó, lúcido, limpio,
como erguida pregunta sin respuesta,
de regresar a la azada y las hojas
en su instante obligado, de romper
en los ojos un ansia
de vida, inacabable.

Aunque más alto el sol propicie el sueño
y las moscas rodeen
las islas de la sombra arracimada
bajo los limoneros,
y acaben por hollar las manos sordas,
dormidas en el surco como piedras.

Aunque la mar desmaye y tiemble el horizonte,
nada detiene el tiempo. No es la paz
lo que esperan los hombres cuando escuchan
el ruido de la lluvia sobre tierra
y revuelven
fichas de dominó sobre la mesa blanca.

Porque la paz no es obra de este cielo,
de esta continua rueda de alegría y de muerte
que arrastra los sentidos:
la misma acequia donde las muchachas
lavan la ropa, el mismo
fruto que nunca dieron estos árboles.

Ni la noche es descanso. Su tiniebla
como antigua costumbre de silencio
que sucede a los cuerpos en canto estremecidos,
fieles a aquellos días
en que se creyó propia toda claridad.

Sólo la sed, la llama
que alumbra las pupilas y las ciega,
dando lugar a un agua
repentina, a una risa
pronto escapada. Centro
sellado de las frentes que persiguen
a la lejana fuerza que dispuso su vida.

(Primera Playa)

INCENDIO

Era como si el mundo se hubiera rebelado:
así el alba quisiera irrumpir en la noche
y, de pronto, verterse por la luz de la luna
que alzaba claridad de las aguas vivaces.
Parecía un incendio en las rocas del morro,
la transparencia azul de madrugada abierta,
la mujer y el silencio del mar centelleante,
junto al hombre pendiente de su mirar absorto.
No hubieran precisado los labios la palabra,
sino el roce del pelo bordeando el deseo
o la línea salobre de las mejillas húmedas.
Era como si el mundo comenzase otro tiempo.
Los ojos ahora alzados en mirada brillante,
fija en el otro rostro, compartiendo conciencia.
Todo quedaba lejos, en una era perdida,
el coche abandonado, la ciudad por su sueño,
sólo espumas y cielo sobre el pretil de piedra,
sólo el latir inquieto de un cuerpo junto al otro.
Las frentes desnudadas revelaban el fuego
de una secreta fuerza, arraigada en los días,

como si los destinos lograsen cumplimiento
al cabo de la historia, al fin en este hallazgo.
Ya la cabeza huía al lugar del reposo
junto al cuello en la sombra, que acogía su anhelo,
en nueva voluntad de desatar la vida.
Ya acordaban las sienes su libre y ágil música.
Era como si el mundo navegase encendido.

(Primera Playa)

LA SACERDOTISA

A Blancanieves Fernández-Canivell

Estás en la memoria de una tarde,
alzada entre las luces, detenida,
como si en un instante hubieses visto
en tu destino un quiebro inesperado,
igual que el de los pájaros aquellos
de tu niñez de azul y ramas altas.
Apenas una mano levantaste,
fugaz en el temblor del aire nuevo,
para después volver a tus ofrendas,
tu quehacer de rostros elegidos.
Tu juventud pasaba por la tierra
ensalzando jardines y deseos,
reviviendo colores en las piedras
más oscuras del reino que habitabas.
Nada pudo nacer que no notases,
iniciada tu mano por el padre
en el tacto que anima ciegas ánforas,
frases perdidas, telas cercenadas,
todo cuanto pasión mudó a belleza

en orden propio alzado como un templo.
Quizá llegara entonces un aliento
de indefinible océano cercano,
una ignorada forma de tu tiempo
para el aprendizaje de la ausencia.

Quizá la historia guarde algún objeto
de tu razón o la razón del mundo,
el rastro de tu marcha por la playa
dejando atrás lo que todos llamábamos
tus campos, de verdad, del paraíso.
Nada sabemos hoy. Sigue la tierra
filtrando amaneceres en los ojos,
dándonos su esperanza y el olvido
con el mismo prender de sus hogueras.

Como una inscripción aún indescifrada
o brillo del azar al mediodía,
la certeza de ti algo nos explica
más allá de este mar y tu vacío.
Siempre ocurre a los hijos de los dioses:
vencen sombras y fundan lejanías.

(Primera Playa)

A UNA VIRGEN DE LA
COFRADÍA DE LA SANGRE

(Anónimo malagueño del siglo XVIII)

¿Qué sol encendería tu mirada
en juego con el aire adolescente?
Desde un ayer oculto hasta el presente
tu vida llega en rápida oleada.

Alguien vistió de sangre derramada
tu juventud de cántico o de fuente,
y traspasó con plata refulgente
la seda de tu pecho alborozada.

Alguien te quiso madre dolorosa
cuando apuntaba apenas el anhelo,
cuando la edad aún era de la rosa.

Te pedirían muchos su consuelo.
Yo pido de tu gracia silenciosa
la luz del mediodía por el cielo.

(*Sonetos Andaluces*)

CASTILLO DE SANTA CATALINA EN JAÉN

Baña en la luz la piedra sus perfiles
y la madura tarde rememora
la inaugural mirada vencedora
por campos hoy en calma, ayer hostiles.

Vetean al azul vagos marfiles,
el día se descíñe hora tras hora,
y el ávido mirar aún se demora
por los lejanos montes casi añiles.

La vista busca el gozo en que se trabe
la llama desde el norte descendida,
con anhelado espacio como centro.

El hombre que la mira no lo sabe:
la tierra donde ahora está su vida
se está volviendo patria desde dentro.

(Sonetos Andaluces)

CUÉLLAR

Los cielos sublevados de Castilla
descubren horizontes en hoguera
desde el violáceo Sur a la frontera
de cárdeno fulgor donde el sol brilla.

La piedra plateada o amarilla
en firmes muros funda larga espera
como esculpida nave en la ladera
que de la roca alzara ávida quilla.

Está lejos la mar, lejos el sueño
de tierras combatidas a la aurora,
al filo de la espada y la fortuna.

Las torres sin enseñas y sin dueño
se sumen en la noche redentora
si luce una vez más la antigua luna.

(Inédito)

A UN POETA DE MI CIUDAD

A Rafael Pérez Estrada

Crear en esta tierra, donde nace más vida,
obcecada virtud tuya es: pupila
en ávido fulgor, ave verde aleteante
que circunda en su vuelo tu recinto, a la busca
de una imagen distinta, oculta casi entre hojas,
inasible belleza apenas vista
en fugaz movimiento,
su recóndito ruido junto a tallos vivaces.
Pero tú lo persigues, arcano desafío,
y su perfil anhelas, el signo que revele
su razón habitable,
alumbrada verdad con palabra precisa.
Bajo el cielo velado por las copas repletas
de innumerables árboles altivos.

Ha traspasado la hora incandescente
el mar frente a tu casa,
en la tarde sin ímpetu,
cuando los barcos quedan suspensos en un aire

de confuso horizonte,
herido albor del día indefinido.
Tus labios en silencio,
tu canto es ahora de quien sienta
el inicial deseo transformado
en propia llamarada.
Veloz va por su altura, sin edad,
voz tuya casi ajena.

No es la quietud reposo,
no hay olvido.
Sólo las sombras alcanzan tu frente
y el agua oscurecida mueve luces,
linternas oscilantes,
cuando despacio asciende el sueño de otra orilla:
colores entre brumas, un húmedo sendero,
sonrisas vislumbradas en jardines
que en tu mirar recalán y reviven.
Antes de proseguir
fuera de la bahía,
hacia remotas islas de las que alguien
dijo que libres son y vagan por el tiempo
y claridad erigen.

(Inédito)

A UN POETA AMIGO EN SU BIBLIOTECA

A Alfonso Canales

Vagan por esta sala alegorías
de lo que quizá fuimos y hoy no somos.
Las ondas desiguales de los tomos
dejan olor a sal de antiguos días.

Y colman apretadas librerías
ángeles y demonios, reyes, gnomos,
con títulos dorados en los lomos
que anuncian añoradas profecías.

Aquí el poema apunta su inminencia
de mundo desvelado apenas, y arde
la imagen en vislumbre de conciencia.

Cuando en la mar cercana cae la tarde,
el verso se acompasa a su cadencia:
la voz de este poeta que Dios guarde.

(Inédito)

